

SWARTHMORE COLLEGE, en Swarthmore, Pennsylvania, es un lugar fuera del cielo y de la tierra; es, más bien, una actitud mental. Todos los swarthmoreanos —profesores, profesoras, alumnos, alumnas practican el más peregrino de los cultos académicos. Se trata en verdad de una especie de ciencia oculta que sólo pueden ejercer los ahí enclaustrados. Estuve en aquel extraño lugar cuatro años, dos de ellos coincidiendo con Wystan Hugh Auden y Philippe Soupault durante su estancia entre aquella gente única en el medio universitario de los Estados Unidos. No ha de extrañar, pues, que ni Auden, ni Soupault, ni yo hayamos llegado a ser uno de los iniciados y que sólo podamos decir que aquella ciencia o religión de los de Swarthmore parece estar fundada sobre las más sólidas bases de una megalomanía intelectual que sostiene que Swarthmore es la verdadera religión y los swarthmoreanos sus profetas. Estos consideran que fuera de Swarthmore todo es Falfurrias, Texas (es decir, Cuautitlán). Se trata no sólo de un orgullo cívico o urbano sino del que proviene de creerse una nueva raza de gigantes intelectuales, cíclopes del cerebro, que tarde o temprano cambiarán la faz de la tierra y de los infrahombres que la habitan. Por desorbitado que todo esto parezca, hay algo metódico en esta locura pues las estadísticas nos dicen que Swarthmore es el *college* que más hijos e hijas con títulos académicos avanzados ha dado en todo el país donde habrá unos tres o cuatro mil de ellos. Pero, volvamos al tema.

Todavía no sé cómo, pero pude sobrevivir en Swarthmore durante aquellos cuatro inacabables años. Y fue en uno de los frecuentes cocteles que daba la gleba académica, donde conocí a Marguerit, una francesita pequeña, rubia, extraordinariamente sensitiva y, como yo, al garete en aquella mazmorra colegial.

En una de tantas conjugaciones interlocutorias, se me acercó Marguerit y me preguntó: “¿Pero que hace usted aquí, Lifar?” Yo, como era natural, me quedé un poco desorientado y, sin pensar en lo que decía, contesté, “Pues, enseñando español y literatura española.” Marguerit: “¿¡Cómo!? ¿Y la danza?” Entonces caí en la cuenta.

—Nada, que usted me ha confundido. Yo soy mexicano, no ruso. Acabo de estar un año en la Universidad de Tulane en Nueva Orleans y ahora estoy aquí con ustedes en Swarthmore.

—Oh, perdone mi equivocación, es que usted es parecidísimo a Lifar y creí que...

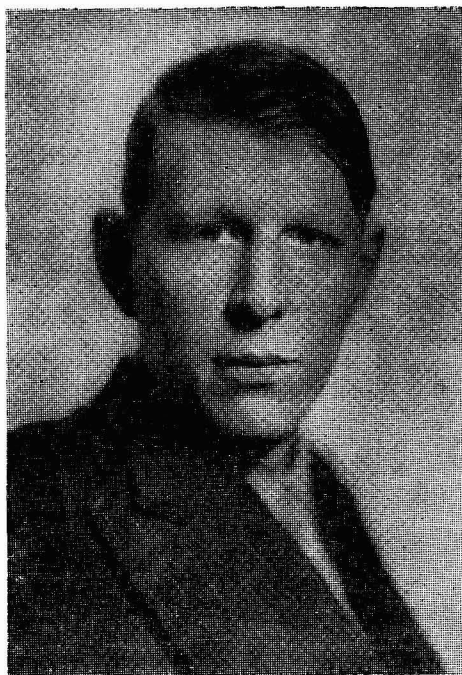
—No tenga cuidado. La verdad es que yo tal vez sea el único mexicano que ni baila ni canta ni toca guitarra.

Así se inició una amistad extraordinaria que a los pocos meses me tenía reunido con el otro tipo exótico del *campus*, Wystan Hugh Auden, que entonces explicaba los sonetos del bardo de Stratford-on-Avon con el mayor éxito hasta entonces registrado en Swarthmore.

Marguerit Wencelius era casada pero su marido estaba en Francia con los de la Resistencia. Subarrendaba un simpático cuartito con baño de un matrimonio joven, profesores también. Su cocina era una parrilla eléctrica pero se daba tal maña para vencer aquellas limitaciones materiales que sus guisos nada le pedían a

W. H. AUDEN en SWARTHMORE

Por José VAZQUEZ AMARAL



“W. H. Auden, que explicaba los sonetos”

los del autor de la *Physiologie du goût*.

Aquella noche Marguerit me había dicho que me tenía una gran sorpresa mexicana. Supuse que sería alguna paisanita o un paisano mostrenco, como aquel pobre que había ido a parar a Pendle Hill, retiro de los cuáqueros, donde no se resignaba a la vida asaz monástica que aquellos individuos llevaban en su extraño falansterio. Pero no se trataba de paisanos; la sorpresa era una botella de tequila que Marguerit había adquirido en Nueva York a precio de oro. Abrazando la botella de tequila y con aquella coquetería juguetona que dramatizaba apoyando su mentón sobre la clavícula delicada, me dijo: “¿Qué me vas a dar por tan maravilloso regalo?”

—Pues te voy a dar, a ti y al poeta inglés invitado, la mejor lección en el arte de beber tequila que jamás hayan recibido; has de saber que soy precisamente de donde inventaron y producen esa bebida. En el momento mismo llegó Auden.

Ya había yo columbrado al poeta con su abrigo largo como túnica, su estatura también estirada y su melena rubia y alborotada mientras atravesaba el *campus* velozmente pero sin movimiento aparente, como si se deslizara sobre los prados nevados. Vivía con unas damas ancianas que le alquilaban un cuarto y se decía que sus costumbres eran de las que sitúan a un hombre dentro de la legión innumerable de los astrosos. Pero ahora, de cerca, Auden me pareció menos indigente, más joven, sociable y simpático de lo que había creído que fuera. Le perdóné su involuntario papel de tercero en discordia.

Decidimos que el tequila sería tomado *ad posterum* porque temían mis novicios

su efecto aperitivo. Consumimos, pues, la excelente tortilla y los succulentos *cube steaks* que Marguerit preparó; todo con cierta premura nerviosa. Luego Auden y Marguerit asumieron actitudes de sentenciados al veneno de los Borgia o socrática cicuta. Pedí a Marguerit que pusiera alguna música en la victrola vieja, de manubrio todavía. Empezamos con J. S. Bach y con aquella extraña juerga en los terrenos prohibidos de los cuáqueros abstemios.

Auden mostraba, al principio, trismos alarmantes a cada copa que yo había establecido tenía que beberse de un sólo trago en la mejor tradición jalisciense. Le dije a Auden. “la regla inapelable reza que no se debe tomar ni menos de tres ni más de siete”.

—What happens after seven? me preguntó el poeta.

—After seven you light up a cigarette, you talk until you are sure you want another one.

—Simple enough— comentó Marguerit cuyos ojos ya brillaban como dos líquidos zafiros debajo de pestañas casi de plata.

Wystan entonces nos habló creo que de su esposa, Erica Mann, hija del novelista alemán. También del proyecto, después llevado a cabo, de poner en Swarthmore, en colaboración con Philippe Soupault, colega swarthmoreano también, *The Ascent of F* ó que había escrito años antes con Christopher Isherwood. Después que hubo terminado le pregunté:

—Dígame, Auden, ¿qué le parece la escena norteamericana a un inglés oxoniano como usted, es decir, de cepa más pura que la de Winston Churchill cuya madre era norteamericana?

—Pues me gusta. Aquí hay algo; una fuerza tremenda que no tenemos o hemos perdido allá. Aquí todavía son pioneros. Aún aquí en este poblado sale uno a dar un paseo y pronto se encuentra en el verdadero campo. En Inglaterra todo está cercado, cultivado, sembrado, con césped. Yo sin duda soy más nómada que los demás ingleses; aquí me siento a gusto, me siento americano.

—¿También acepta usted a Coney Island, el Sur, Texas, todo?

—¿Por qué no? Mire usted, el mundo todavía no se da cuenta que debe a la civilización norteamericana una de sus mejores conquistas estéticas y sanitarias.

—¿...?

—Sí; dígame qué sería del llamado hombre moderno, el hombre de la edad Angustiada, sin esa maravillosa contribución a la estética y a la higiene que es la plomería norteamericana?

—Es verdad; si usted no me lo dice...

—¿No ha reparado usted en que los terminajos de esa otra gran realización norteamericana, la Bolsa de Valores neoyorquina, están influidos por el vocabulario de la plomería sanitaria?

—No sabía.

—Sin duda. ¿Acaso no dicen en la Bolsa, “today the market opened a little tight, easing off towards noon and finally flush on closing?”

—Cierto.

—Pues ese vocabulario es el que se usa para hablar de las diversas condiciones del aparato digestivo y también de cómo se limpian los inodoros.

Hablamos de otras cosas. Esa noche un coro estudiantil asesorado por cantantes

profesionales cantaba el *Mesías* de Handel en Clothier Memorial, auditorio de Swarthmore. Tuvimos la poco feliz idea de ir a la función. El tequila hizo que por primera vez el crujir de la nieve bajo mis pies me pareciera agradable. En el camino hicimos bolas de nieve y nos apedreamos con ellas. Marguerit, Auden y yo llegamos al concierto demasiado tarde, sacudiéndonos la nieve. La impresión que causamos no fue grata. Entonces supe que yo de veras no me avendría con

Swarthmore, ni Marguerit ni Auden. Los tres hemos salido de allá, afortunadamente. Auden fue el primero, luego yo y finalmente Marguerit, que en México trabó gran amistad con César Moro, entrañable amigo y gran poeta, sin hipérbole, cuya pérdida lamentaré hasta el día de mi muerte. Después Marguerit se fue a morir a su amada Francia. Auden, como poeta norteamericano, ya sabemos, ocupa hoy el sitio más elevado entre los poetas libres bajo palabra.

las charcas se ingenian para estar siempre bajo los pies de los transeúntes.

Las sábanas viejas se multiplican por milagro en pañuelos de barrio pobre. El catarro es la enfermedad crónica de los pesimistas. El catarroso todo lo encuentra ajado y marchito, es ciego a los aromas, le falta olfato para captar la belleza del mundo, y a su paso deja un hálito de botica que envenena la felicidad de la gente. No inspira lástima, parece que se enferma de propósito, sólo para fastidiar a los sanos y echarles en cara su salud. Se le mira como a escapado de un depósito de cadáveres.

El hombre queda sitiado en su habitación, extraño al universo, como en un arca de Noé. Las lluvias lo vuelven cada vez más pacífico, más resignado con su suerte y nostálgico de su prehistoria. Ya ha rescatado del oscuro rincón a la bufanda, ese recurso supremo contra los embates del frío, esa serpiente que se enrosca amorosa al cuello con ademán paradisiaco, tentando a devorar las manzanas prohibidas. Por esto las mujeres rubias del otoño desconfían tanto de los que usan bufanda.

El mexicano es un romántico que vive en contumaz consonancia con el clima y el paisaje. Elige noviembre para rendir culto a los fieles difuntos.

La quietud habitual de los cementerios es invadida por una turba de sombras enlutadas: son los vivos que llegan a visitar sus muertos. Los que están bajo tierra se muestran indiferentes a esas manifestaciones de amistad; pero esto no desanima a los visitantes que continúan la fiesta sin guardar resentimiento. A los difuntos se les perdona todo.

Los más entusiastas y adictos a la ortodoxia del culto colocan ofrendas sobre las tumbas: comidas, incienso, tabaco y pulque; pero la mayoría se limita a ofrecer libaciones en honor de los que se marcharon, y se embriagan con sus propias lágrimas entre el trompeteo del catarro.

¡Ay del que elija para morir un dos de noviembre, su entierro se verá confundido con una romería!

Los mismos casamientos que se celebran este día tienen un sabor anticipado de funeral, en el velo de la novia hay tonos amarillos de mortaja.

El alcohol agudiza el desamparo de las viudas, y muchas veces claudican sobre

CRONICA PESIMISTA

DE

NOVIEMBRE

Por Carlos VALDES

Grabados de José Guadalupe POSADA

ESTAMOS en noviembre, el año declina hacia su ocaso: la estación impone el abrazo estrecho y los abrigos. El adolescente, eterno aprendiz de poeta, compara sin remedio el oro de las hojas muertas con la rubia melena de la amada. Es tiempo de sacar el abrigo del letargo en que yacía sumido entre la naftalina, en adelante unas bolitas blancas rodarán por los rincones del ropero, como fantasmáticas de una niñez nonata.

Noviembre es un estado de ánimo pesimista.

El cielo se nubla y pone un acento de perpetua melancolía en el Valle de México. Hay lloviznas de una fría sutileza y de una constancia tan vasta que calofrían el ánimo más optimista. Los niños sueñan charcas, mares como espejo, aguas mansas, y se orinan en la cama.

Noviembre predispone al nihilismo.

La neblina con su aliento maternal, blando y envolvente, desdibuja el perfil duro de las cosas, torna más amable y muelle el panorama cotidiano. La lluvia confiere una nota de intimidad a los cristales de las ventanas, descorre cortinillas ideales entre el hombre y el mundo.

En el sur el hombre suspira por las chimeneas del norte. Las veladas se alargan. Hay tiempo para gozar y sufrir la agonía de cada minuto. El frío y la lluvia recluyen al ciudadano en sus habitaciones, lo obligan a romper con la rutina canallesca y multitudinaria, cambia el cine y el café por los libros que se prometió leer y las cartas que esperan contestación hace mucho, o cualquier otra ocupación puertas adentro, tan inútil como placentera. En estas veladas se descubre el gran valor de lo inútil.

Llueve, llueve, y el agua reblandece el ánimo más rebelde e inquieto. El agua invita a la quietud, a la meditación, a la entrega confiada, tiene mucho de maternal. La llovizna adormece como canción de cuna, y despierta un anhelo de paz perpetua, de desandar la vida y perderse en los orígenes pluviosos de la creación, cuando los hombres eran tritones y las mujeres sirenas.

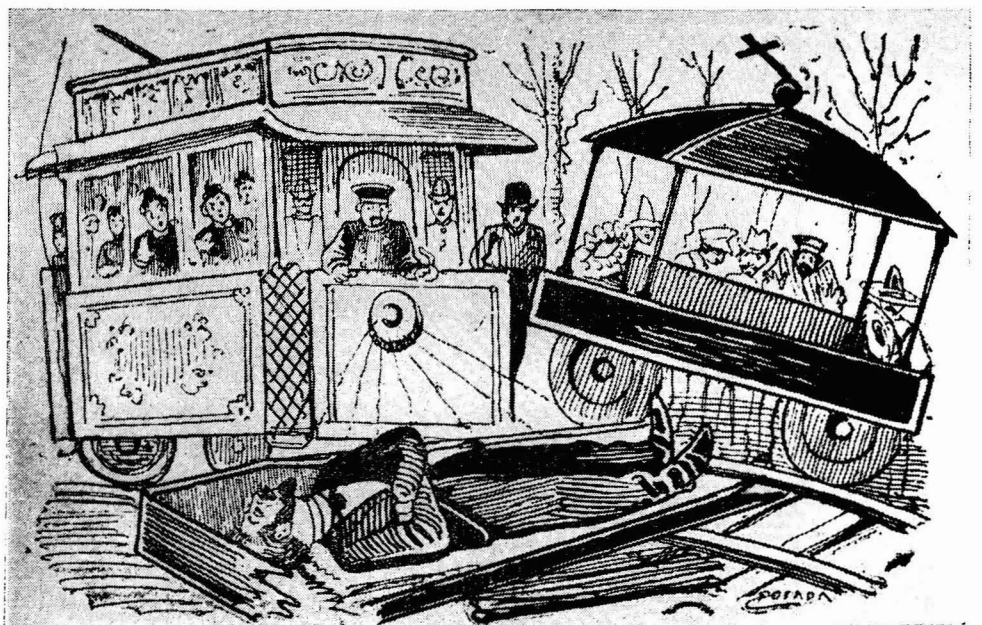
Noviembre es el penúltimo mes del año: demasiado pronto y demasiado tarde para forjar ilusiones.

Noviembre es el balance que saca a luz la bancarrota de la vida. En diciembre la gente podrá planear una nueva existencia para el año próximo; pero noviembre es punto muerto, demuestra que la vida no suma lo vivido, sino que de continuo resta frescura a la luna del espejo. Ya es casi irremediable la pérdida del año, y no hay el consuelo del fatalista "ni modo" de diciembre, ni el optimismo a plazo indefinido del año próximo.

El frío arrecia. La tos con sus nudillos descarnados pero enérgicos llama a la puerta de todos aquellos que se acercan al otoño. Los aires colados descargan sobre la espalda golpes de encrucijada, y



"país de armas literarias"



"funeral de la galantería"